

Fragmentos para múltiples nuevas miradas en las ciencias sociales

Fragmentos for multiple new approaches in the social sciences

Mauricio Vera Sánchez, Mg. Estética. Candidato a doctor en Estudios Sociales, Universidad Externado de Colombia

Recibido 25 de Marzo de 2012, Aprobado 26 de Mayo de 2012.

RESUMEN

El presente escrito es una descripción del trazo evolutivo y constitutivo que ha dejado las ciencias sociales en su devenir histórico, siguiendo esencialmente la ruta marcada por Wallarstein, Schödinger, Borkenau, así como una revisión a los múltiples tiempos históricos en los cuales se establecieron los hitos fundantes y los puntos obligados de referencia de lo que hoy podemos entender como las ciencias sociales: la ruptura simbiótica del conocimiento que se materializa en la separación primigenia entre ciencia y filosofía, y cuyas raíces se imbrican en el medioevo y prolongan hasta la modernidad; la objetivación del mundo como resultado de la imposición de una mirada totalitarista desprendida de la mecánica newtoniana y el método científico; y, finalmente, la revitalización de las estructuras del saber gracias al viraje de miradas que impulsa la aparición, en medio del escenario maniqueamente establecido por las ciencias naturales y las humanidades, de las ciencias sociales, de las ciencias de la complejidad y de los estudios culturales.

Palabras Clave

Ciencias sociales, estudios sociales, ciencia, filosofía.

ABSTRACT

The present letter is a description of the evolutionary and establishing stroke that has left the social sciences in its historical evolution, essentially following the route marked by Wallarstein, Borkenau, as well as a revision of multiple historical times in which settled the very milestones and points forced reference of what today we understand as the social sciences: the symbiotic breakdown of knowledge that is embodied in the primordial separation between science and philosophy, and whose roots are intertwined in the middle ages and continued until modernity; objectification worldfor as a result of the imposition of a totalitarian look disengaged of Newtonian mechanics and the scientific method; and, finally, the revitalization of the structures of knowledge thanks to the glances turn that drives the emergence, in the middle of the stage maniqueamente established by the natural sciences and the humanities, Social Sciences, the Sciences of complexity and cultural studies.

Key Words

Social Sciences, social studies, science, philosophy.

INTRODUCCIÓN

El debate actual de la ciencia, la redefinición de sus postulados epistemológicos y la pertinencia del conocimiento que produce es hoy un asunto vital y central para entender y orientar la función y responsabilidad académica que ésta tiene en los distintos contextos sociales, culturales, políticos y económicos en los cuales sus estudios e investigaciones se efectúan y circulan.

En la actualidad –nos dice Immanuel Wallerstein en su texto clásico *La incertidumbre del saber-*, la ciencia está en la mira: *“Ya no goza del prestigio indiscutido que ha tenido durante dos siglos como la forma más segura de la verdad. (...) Hoy en día se la acusa de ser ideológica, subjetiva y poco fiable. (...) Se dice que los científicos manipulan los datos y que, por ende, manipulan la credibilidad del público”* (2004: 15).

La ciencia, entendida así, estaría circunscrita más hacia la legitimación de su conocimiento y verdad en determinados círculos culturales dominantes y de poder que hacia la experimentación y verificación de certezas que permitan explicar, predecir, controlar aquellos fenómenos que se ubican en los ámbitos de lo natural –entendido como una construcción social- y lo socialmente propiamente dicho.

La mirada científica predominante en y de occidente se convirtió en una mirada de poder, un punto de mira específico que configuró -y continúa configurando- una manera específica del ver, entender y proyectar el mundo; que excluye –y determina hasta cierto punto- otros modos o maneras de construir conocimiento. El pensamiento científico nos acostumbró a pensar (y a mal pensar) que porque la teología, la filosofía y, especialmente, la sabiduría popular ofrecían verdades discutibles, el único camino que se podía presentar seguro y certero era el de la ciencia (Wallerstein, p.15).

En un doble efecto, la ciencia como fin de la duda -o por lo menos de las incertidumbres-, y en ella el método científico, garante de las certezas, se instalaron como principio estructurante en la comprensibilidad de la Naturaleza y de la Objetivación del mundo (Schödinger, 1997). Y simultáneamente, como síntoma de una condición originalmente moderna: *“Para muchos, los rótulos de científico y/o de moderno se transformaron casi en sinónimos, y para casi todos, esos rótulos eran –y siguen siendo- dignos de elogio”* (Wallerstein, p. 15).

Naturaleza y objetivación, ciencia y modernidad, científico y moderno, se convierten así en conceptos intercambiables, que operan en una suerte de cadena sinonímica de igual o similar significado. Se afianza el sentido de la verdad a partir únicamente de lo que es verificable, indistintamente de que aquello que se verifica sea socialmente útil, moral bueno o filosóficamente trascendental; a partir de lo que es susceptible de unificar epistemológicamente bajo la sombra del método científico.

Ahora bien, en perspectiva histórica, esta división entre la búsqueda de lo verdadero y lo bueno, entre el entendimiento de la naturaleza y del alma sólo existía una ausencia de límites, todo saber se consideraba unificado en un nivel epistemológico. La ausencia de límites, señala Wallerstein, era doble: 1) no existía la idea de que los académicos tuvieran que acotar su actividad a un campo del conocimiento; 2) la filosofía y la ciencia no se consideraban campos separados (2004: 24).

Como antesala al gran sismo que se produciría en los XVIII y XIX, esta escisión se da en las raíces mismas de la relación del hombre con la naturaleza y consigo mismo en la época medieval. Como lo señala Franz Borkenau, atendiendo el proceso socio-histórico-cultural de la baja edad media, en sus últimos 300 años específicamente, es donde podemos ubicar el germen de la modernidad, y por tanto del distanciamiento del hombre con la naturaleza a favor de un utilitarismo ligado a la aparición ya de un cierto tipo de cultura urbana, mercantil e industrial que despunta en los siglos XIV y XV en Italia (1990: 36).

Demandas económicas, aumento de la productividad y del comercio internacional, junto con la consolidación no solo de una clase burguesa sino principalmente de un comportamiento burgués, hacen que se produzca una secularización de la cultura, "que deja de ser progresivamente medieval-cristiana, deja de estar organizada alrededor de contenidos sacrales para dar paso a una nueva actitud 'realista', metódica, práctica, utilitaria, secular" (Borkenau, 1990: 36).

Se desacraliza la naturaleza y se sacraliza el método, la lógica formal, el plano cartesiano. Aquella experiencia desde el trasmundo -dice José Luis Romero- desde el más allá, de la divinidad o de la providencia que era la experiencia del hombre medieval con la naturaleza se rompe y aparece la perspectiva de la otra vida: la civitas terrena, complementa Borkenau. Se da entonces la posibilidad de dominio de las leyes de la naturaleza, arrebatado a Dios y conquistado por el hombre.

La naturaleza, como creación de Dios, pierde su aura sagrada y, simultáneamente, surge lo que Jacobo Burckhardt -citado por Borkenau- ha llamado un "mundo desencantado", dentro del cual el burgués actúa con pleno realismo y se enfrenta a sus tareas seculares obrando de acuerdo con una lógica immanente que ya no considera, como si lo hacía el hombre medieval, el trasmundo (p. 38).

Desencantamiento que oscila en una lucha entre lo dado por Dios y lo creado por el hombre. Alumbramiento de un nuevo tipo de mirada individual sobre la naturaleza que se materializa en su subordinación a los intereses materiales, capitalista y científicos de un nuevo mundo: el mundo moderno. Es la aparición de la idea de la "voluntad de poder" -anota Borkenau- la actitud que caracteriza al hombre moderno frente a la naturaleza, frente a los otros hombres, frente a sí mismo.

Y no es -continúa el autor- "*voluntad de poder solo en un sentido estrictamente político (...) sino voluntad general de dominio sobre lo ente, sobre la naturaleza, tal y como lo ha formulado Max Scheler, voluntad 'para la transformación productiva de las cosas'*" (P. 38). Cosificación y potenciación de la naturaleza como mera materia prima. Así, Francis Bacon resumía con contundencia este nuevo pensamiento a comienzos del siglo XVII: Knowledge is power. El conocimiento y dominio de la naturaleza es poder. Por tanto, la ciencia como instrumento al servicio de este conocimiento y dominio es la mejor de las herramientas del poder. Simbiosis de saber y poder que hasta hoy impone.

Sin embargo, es entre 1750 y 1850 el período en el cual se da un movimiento tectónico que genera una modificación radical en la manera en que se configuran las estructuras del saber, separando, divorciando a la ciencia de la filosofía, de tal manera que hoy se nos presentan casi de manera antagónica. División que reorganizó, institucionalizó y determinó el sistema universitario en los siglos posteriores en dos facultades centrales: la de ciencias propiamente dichas, fundamentadas en la mecánica newtoniana y la de artes, humanidades o filosofía (Wallerstein, 2004: 24).

Y es precisamente en la nueva frontera establecida, en el límite demarcado y los espacios cercados y diferenciados de la ciencia y la filosofía, del arte y la mecánica newtoniana, donde Wallerstein instala la pregunta por el lugar que le correspondería entonces a las ciencias sociales, por su encajamiento entre las humanidades y las ciencias naturales.

Primigeniamente incrustadas entre la materia y el espíritu, lo subjetivo y lo objetivo, lo bueno y lo verdadero, las ciencias sociales surgen con un pie ligera y dudosamente puesto en las humanidades, y el otro firmemente asentado en el modelo cultural newtoniano. Más allá de responderse a los por qué, en sus inicios las ciencias sociales prioritariamente plegaron sus métodos al de los de las ciencias naturales, en un efecto reflejo asimilaron que el comportamiento de los fenómenos sociales era similar en sus leyes y reglas de funcionamiento

a los fenómenos naturales, por tanto, describiendo el qué, cómo, cuándo, dónde se explicaba en sí misma la actividad social.

Igualmente, esta ruptura que se dio en las estructuras del saber dando surgimiento a lo que Snow –citado y punto de referencia de los trabajos de Wallarstein- llama las “dos culturas”, también provocó una separación, inexistente en el hombre medieval y en su manera de entender el mundo, entre el sujeto y el objeto. Ya Renato Desacartes en el Discurso del método esbozaba esta obligada separación moderna al afirmar que el conocimiento por el conocimiento mismo, o lo que los escolásticos llamaban *vita contemplativa*, no tenía sentido. Es decir, es en el desdoblamiento instrumental entre sujeto y objeto donde se produce el conocimiento útil. Se da entonces una objetualización del conocimiento, una centralidad de su materialidad y su posibilidad de aplicación a los requerimientos del capital y del poder.

La capacidad de dominio de la naturaleza -apunta Borkeu- por el conocimiento de sus leyes le da al hombre moderno una conciencia de superioridad, todo es considerado como factible de un tratamiento racional, y se produce una vinculación entre la especulación científica y el trabajo industrial (p. 42), el discurso político y lenguaje.

El psicólogo C.G. Jung se queja –nos dice Erwin Schödinger en su libro *Mente y Materia*- de la exclusión del sujeto, de la omisión del alma y de la mente de la imagen que tenemos del mundo; del aluvión de objetos externos de conocimiento que ha arrinconado al sujeto, muchas veces hasta la aparente no existencia. La ciencia es, sin embargo una función del alma en la que se arraiga todo conocimiento. Y es que el mundo de la ciencia, añade el propio Schödinger, se ha concentrado en un objetivo horrible que no deja lugar a la mente y a sus inmediatas sensaciones (Schödinger, 1999: 57).

Resuena entonces con mayor fuerza la inquietud vital, central en Wallarstein sobre el *topos* de las ciencias sociales hoy. Y es que éstas en sus albores no fueron ajenas a la pretensión –pretensión que se prolonga de cierta manera hasta la época actual- de asir la realidad social bajo las lógicas de la mecánica newtoniana, el escrutinio bajo la lupa de las epistemología nomotéticas, el paralelismo de los procesos sociales con los procesos materiales, objetos de estudio de las ciencias naturales, llevó a la búsqueda de leyes sociales universales cuya verdad permaneciera intacta a través del espacio y el tiempo (2004: 25).

Así, la incertidumbre frente a la posibilidad de comprender, controlar, predecir la complejidad de los procesos sociales era factible de anularse, o por lo menos de reducirse. La naturaleza natural y la naturaleza social son entidades susceptibles de investigarse con los mismos métodos. La realidad social sería de esta manera un estado regido por leyes y no un proceso cambiante permanente y simultáneamente en el espacio-tiempo. Un espacio-tiempo que se mueve en la doble dirección del progreso material inatajable y la progresión temporal hacia un futuro determinado.

Hubo sin embargo quienes se inclinaron -subraya Wallarstein-, más que por la dureza y rigidez del método científico, por las humanidades y recurrieron a lo que se llamó epistemologías ideográficas. Estos científicos sociales “pusieron el acento en la particularidad de los fenómenos sociales, la utilidad limitada de las generalizaciones y la necesidad de empatía para la comprensión del objeto de estudio” (p. 25).

Las ciencias sociales se fundan así entre las epistemologías nomotéticas en oposición a las epistemologías ideográficas; entre el establecimiento de leyes en los procesos sociales versus la inutilidad comprensiva de las generalizaciones; entre la toma de distancia del sujeto frente al objeto en contraposición a la necesidad, precisamente, de implantar una empatía mutua sujeto-objeto; entre el alma y la materia; lo interior y exterior; las humanidades y las ciencias naturales; entre la palabra sagrada y el verbo creador del científico y la imaginaria mítica y pagana del saber popular; entre el pasado, el presente y el futuro: el progreso y

el retroceso; entre los mega relatos: *History*, y los micro relatos: *story*; entre el Todo y el fragmento; entre la descripción y la interpretación; los datos, las cifras y la narrativa; lo antiguo y lo moderno; entre occidente y oriente.

Así, las ciencias sociales -subraya Wallarstein- "estaban atadas a dos caballos que galopaban en sentidos opuestos. Al no haber generado una postura epistemológica propia, se desgarraban como consecuencia de la lucha entre los dos colosos: las ciencias naturales y las humanidades, que no toleraban una postura (terreno) neutral (p.25).

Terreno cuyos límites se establecían por dos miradas inconexas, y en el cual se abonó a su interior el surgimiento en las ciencias sociales de una disciplinarización que reflejó, ciertamente, esta dicotomía. Así, por ejemplo, la economía, las ciencias políticas y la sociología, responsabilizadas académicamente de estudiar el mundo moderno, echaron sus raíces en las epistemologías nomotéticas, en los métodos y la cosmovisión newtoniana.

Consolidación y división que entre el período comprendido entre 1850 y 1945 Wallarstein (2004) describe de la siguiente manera:

(...) La división entre pasado (historia) y presente (economía, ciencia política y sociología); la división entre el mundo occidental civilizado (las cuatro disciplinas anteriores) y el resto del mundo (la antropología, dedicada a los pueblos 'primitivos', y los estudios orientales, dedicados a las 'grandes civilizaciones' no occidentales), y la división, válida solamente para el mundo occidental moderno, entre la lógica del mercado (economía), el Estado (ciencia política) y la sociedad civil (sociología). (p.26).

Se configuran de este modo hasta mediados del siglo XX unas ciencias sociales de núcleo duro, en el sentido que su método y enfoque epistemológico estaba orientado hacia el establecimiento de leyes dentro de los sistemas sociales; y unas de núcleo más blando que, aceptando la función y obligatoriedad de la inclusión empírica de los datos, las cifras, las mediciones y el cálculo mecánico de corte newtoniano dentro de la investigación social, privilegiaban la singularidad de cada contexto en particular, la "contaminación" impajaritable que en el proceso relacional sujeto-objeto modifica la manera de construir y comprender el conocimiento generado y, consecuentemente, el mundo.

Pero es también en este momento histórico de los años cuarenta, cincuenta y sesenta en los que el mundo se debate no sólo entre una dominación de occidente sobre oriente que se consuma en el nefasto hito de la Segunda guerra mundial y se fortalece momentáneamente en los sembrados de arroz vietnamitas convertidos en campos de batalla bañados de napal y sangre amarilla; o en las inocentes revueltas de los estudiantes universitarios franceses y estadounidenses que inauguraron a través de la filosofía de *peace and love* una concepción nueva de la relación de género, de la autonomía femenina sobre su propio cuerpo, junto a una inclusión de las cosmovisiones orientales a la ya debilitada manera utilitarista y material con la cual occidente los había formado, que ese principio de operación apoyado en la exclusión con el que estaban comprometidas las ciencias -igual naturales como sociales- con perspectiva newtoniana era cuestionado en su estructura.

No podemos aún, plantea Schödinger, deshacernos del principio de exclusión, éste sirve para darnos cuenta del problema pero no para resolverlo. Lo que sí debería reconsiderarse es la actitud científica, la ciencia debe construirse de nuevo. Nuestra imagen del mundo -añade- se elabora a partir de la información proporcionada por los órganos sensoriales de la mente, de manera que esta imagen es y se conserva para cualquier hombre, como elaboración de su propia mente (Schödinger, 1999: 66).

Siguiendo el trazado de Wallarstein, las ciencias sociales, al igual que las ciencias naturales y las humanidades, se volvieron blanco de críticas, en lo cual ha habido dos grandes movimientos nuevos del saber:

Uno de ellos es el que se ha denominado "ciencias de la complejidad" (con origen en las ciencias naturales); el otro es el de los "estudios culturales" (con origen en las humanidades). En realidad, pese a haber surgido en lugares tan distintos, los dos movimientos tomaron como blanco de ataque el mismo objeto: la modalidad dominante de las ciencias naturales a partir del siglo XVII, es decir, la forma de ciencia que se basa en la mecánica newtoniana (p.27).

De esta manera, la perspectiva de la complejidad relativiza más allá que la mera cuestión del método científico y sus implicaciones en su tendencia maniquea de entender el mundo, la percepción del tiempo, un ente que evidentemente no nos es simplemente dado sino que es fundamentalmente una construcción social. La determinación del tiempo en los procesos sociales, su inevitable linealidad que lleva como consecuencia una carrera inalcanzable hacia el progreso que está allá, en el futuro, se indetermina. Por tanto, este futuro es en sí mismo indeterminado e indeterminable. Roto el tiempo, roto el equilibrio, que no es más que una excepción dentro de los fenómenos sociales.

Numerosos académicos -puntualiza Wallarstein- cuyo punto de mira está emplazado en la complejidad, "*consideran que la entropía lleva a bifurcaciones que traen nuevos (aunque impredecibles) órdenes a partir del caos, y por ello concluyen que la consecuencia de la entropía no es la muerte sino la creación (...)* Así, en lugar de la simetría temporal, la fecha del tiempo, de las certezas, la incertidumbre como supuesto epistemológico; en lugar de la simplicidad como producto último de la ciencia, la explicación de la complejidad" (p. 27). Instalados en el otro punto de mira, pero coincidiendo con la mirada de la complejidad en la crítica férrea al determinismo y universalismo de las ciencias newtonianas, los estudios culturales "representaron un ataque al modo tradicional de abordar los estudios humanísticos, que habían propuesto como valores universales en el orden de lo bello y de lo bueno (...). Sostenían que los textos son fenómenos sociales, creados y leídos o evaluados en un determinado contexto (Wallarstein, 2004: 27).

De tal suerte que Wallarstein concluye que las ciencias de la complejidad y los estudios culturales al objetar esas concepciones tradicionales de las ciencias naturales y las humanidades, abrieron el campo del saber a nuevas posibilidades, que habían estado vedadas debido al divorcio decimonónico entre la ciencia y la filosofía (p. 27).

Apuntes para una nueva mirada

Impetuosamente reaparecen en el escenario contemporáneo del saber caminos conceptuales que cruzan y entrecruzan el tiempo con la belleza, el fragmento con el todo, la unicidad con la totalidad, la verdad con lo bueno y, a su vez, con el tiempo y la incertidumbre y, a su vez, con las certezas. La improvisación con el método, la flexibilidad con la lógica, la creación y el caos con lo determinado. La ciencia con la filosofía, la complejidad con los estudios culturales.

Parfraseando a Fernando Vásquez en su afirmación sobre las formas artísticas, podríamos decir que las ciencias sociales así, hoy, son miradas plurales pero no excluyentes de una y múltiples realidades a la vez. Que como miradas son inevitablemente lugares de poder y de saber. Que como miradas, duras, blandas, alumbradoras, obscurecedoras, configuran, dan nueva configuración a la manera en que entendemos el mundo: ni meramente natural, ni meramente social, sino solamente el mundo. Que como miradas son ya un arreglar el mundo.

Así, las ciencias sociales hoy abren los ojos y ven muchos seres, muchas cosas, muchos caminos, y que si aquello que sempiternamente anhela ver, aquello que ansia conocer no lo encuentra, lo debe convertir en una mirada, en una obra propia que se compone de cosas viejas y nuevas; de tiempo y espacio; de complejidad y sencillez; de ciencia y filosofía; de sentido y de los sentidos; de arte, estética y matemática; de cuerpo, mente y alma.

Un punto amplio del debate contemporáneo en las ciencias sociales debería localizarse en pensarlas no exclusivamente desde los contenidos que producen, ni desde los productores de ese contenido, es decir los científicos, académicos, eruditos, sino desde todo lo anterior conectado a los espacios culturales, políticos, populares de uso y apropiación del conocimiento producido, de los imaginarios que pone a circular y del lenguaje con el cual ello se efectúa y comunica.

Ciencias sociales, que transformadas en estudios sociales, permiten la incorporación del arte, la subjetividad, la estética, la narrativa, la imagen y la palabra como métodos e instrumentos para comprender lo humano con relación a lo natural. El camino de los estudios culturales, señala el profesor Armando Silva, en su búsqueda por comprender la subjetividad humana vuelve pues a revitalizarse como modelo de investigación y como objeto transdisciplinario o, incluso pos-disciplinario, pues son los temas (permeables) más que las disciplinas (autónomas) las que anudan los criterios y la metodología a emplear en la investigación social.

Franquear las murallas de las disciplinas para conquistar el conocimiento, o por lo menos para intentar conseguirlo –siempre de manera temporal- con formas más creativas. Un método que indistintamente puede –y deba- ir moviéndose en el tiempo: modificar el pasado desde el presente si es necesario, o hacer esperar el futuro si este no nos es conveniente social y espiritualmente como especie siempre en riesgo de extinción por el tiempo.

Los lugares de la enunciación de las preguntas y respuestas, de las búsquedas, ya no están reservados únicamente al laboratorio, al aula de clase, al grupo de científicos, sino que hoy se localizan en el cuerpo, en los sujetos, en los colectivos, en las comunidades, en el saber tradicional y ancestral, en oriente, en la estética y el arte, en los sentidos.

El reto no puede ser menor, la exigencia de un trabajo cooperado entre las diferentes miradas (newtoniana, humanista, culturalista, orientalista) se nos impone como la única manera posible y plausible de construir conocimiento relevante, incluyente, doblemente conectado a nuestras necesidades materiales y trascendentales, así nuestro paso por esto que cada uno llama mundo sea efímero. Finalmente, no se podría ser un buen cientista social, un buen investigador, un buen doctor si no se es, ante todo, un buen ser humano.

BIBLIOGRAFÍA

- Borkenau Franz (1990). Coyuntura de Descartes. Bogotá: Revista El tambor de Feyman, Universidad Pedagógica.
- La Ferla, Jorge (2005). TV Imagen electrónica y formas culturales. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Machado Arlindo (2000). El paisaje mediático: sobre el desafío de las poéticas tecnológicas. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Pardo, José Luis (1992). Las formas de la exterioridad. Valencia: Pretextos.
- Schrödinger Erwin (1999). *Mente y materia*. Matatemas 2: Libros para pensar la Ciencia.
- Silva Armando (2011). Lenguaje y creación en los estudios sociales. Conferencia inaugural del doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Externado de Colombia.
- Vásquez Fernando (1992). Más allá del ver está el mirar. Bogotá: Revista Signo y Pensamiento N. 20, Pontificia Universidad Javeriana.
- Wallerstein Immanuel (2004). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.